

**Liliana Weinberg: *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 115 p., 21 x 14 cm.**

Hoy cuando decimos ensayo aludimos a un género muy actual, muy cultivado que siguiendo una línea multiseccular nos lleva al *exagium* del latín vulgar o al "ejercicio" o "preludio" cuando se extiende en las lenguas románicas. En tanto que género literario tal como lo conocemos ahora debemos limitar su historial a las postrimerías del siglo XVI y señalar en sus inicios un nombre, Michel de Montaigne (*Essais*, 1580 y sigs.).

En las páginas preliminares que dedica "al lector", Liliana Weinberg nos dice: "El ensayista procede, desde la propia experiencia, a la interpretación del mundo, y en éste, como en todos aquellos asuntos que no sean de suyo tan evidentes, es necesario ponderar, como ya se recomienda en el *Fedro*, no sólo la disposición de la materia sino también la invención" (p. 17).

Como esta autora argentina radicada en México siempre se preocupa -su obra lo ha expresado con evidencia- por las letras de este lado del Atlántico, no nos pueden sorprender sus precisas palabras referidas al propósito del libro; "Las páginas que siguen han procurado explorar esta modulación particular de un problema universal: la búsqueda de una comunidad de sentido y de un sentido de comunidad en el ámbito del ensayo hispanoamericano. Ése es el "paraíso" al que aspira el escritor de nuestra región, contra el "infierno" de la no lectura, del silencio y de la soledad" (p. 19).

Pese a que la crítica más de una vez dudó sobre el valor del ensayo y hasta le negó la categoría de "género" o se lo atacó como género híbrido, en nuestros días se lo cultiva porque se lo respeta cuando no se lo admira. De allí su creciente expansión y el nada despreciable elogio de un Theodor Adorno en "El ensayo como forma", en *Notas de literatura*.

Weinberg, hablándonos del porqué del éxito del ensayo, nos

recuerda que hemos vuelto a recuperar críticamente las ideas del yo, la experiencia y la memoria, y afirma este juicio en unas palabras de *El escritor y sus fantasmas*, de Ernesto Sábato, quien tras enfrentar los abstractos símbolos de la ciencia a los concretos símbolos del arte, es decir los mitos y la fantasía -universales concretos- considera que "la dialéctica de la existencia funciona de tal modo que tanto más alcanzamos al otro cuanto más ahondamos en nuestra propia subjetividad..." (p. 36).

Cuando hablamos del ensayo, las más de las veces nos referimos a lo que Alfonso Reyes llama "síntesis cultural", que para él no termina de ser entendida por los europeos ya que no se trata de "reducir la función de la inteligencia americana a organizar compendios de «a cultura europea» y Weinberg nos recuerda que para el sobresaliente hombre de letras mexicano la gente de este continente cuenta en su haber primero un pasado donde se suma al aporte cultural europeo el aporte nativo prehispánico y, como si esto fuera poco, no se puede olvidar la mano de obra africana y asiática que también se fue entregando en la faz cultural americana. De allí a valorar el pensamiento conclusivo de Reyes, hay sólo un paso: "reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros" (p.71).

Repasando valiosas opiniones acerca del ensayo, la autora nos ofrece por su parte una opinión consensuada por muchas otras opiniones anteriores y que a la vez, sintéticamente nos da una definición que vale la pena rescatar: "el ensayista es, de algún modo, un especialista de la interpretación. El ensayo se vincula, sí, al mundo de la conceptualidad, pero también, y de manera no menos profunda, al mundo de la metáfora y el símbolo" (p. 78).

Siempre el ensayo es una interpretación de la realidad humanizada. Por eso, para la autora del libro resulta insatisfactorio o parcial cuando se intenta entenderlo como una "reducción al código, al estilo, a la estructura, a la escritura, a una táctica sin estrategia". Tampoco habrá de caerse en la táctica discursiva (Vid. p. 87).

Si como quiere Weinberg "la lengua española y Don Quijote -

símbolo de una cultura que cambia y permanece- son la base de nuestro ensayo literario, lo constituyen y son, a la vez, reinterpretados por él". Finas y certeras palabras que reiteran otra verdad que no se nos escapa a los que hablamos castellano, en especial a los argentinos, que "la realidad americana potencia, hacia lo universal, la figura legendaria". Más sintéticamente aún parece que Borges lee al *Quijote* y que "el *Quijote* permite ver a Borges".

Con una extensa y útil bibliografía la autora cierra su libro. Libro de apasionante escritura, que nos revela una reflexión madura sobre el ensayo, sus grandes maestros y hasta su realidad y promesa en Hispanoamérica. Son poco más de cien páginas que merecen ser leídas.

**Magdalena Ercilia Nállim**